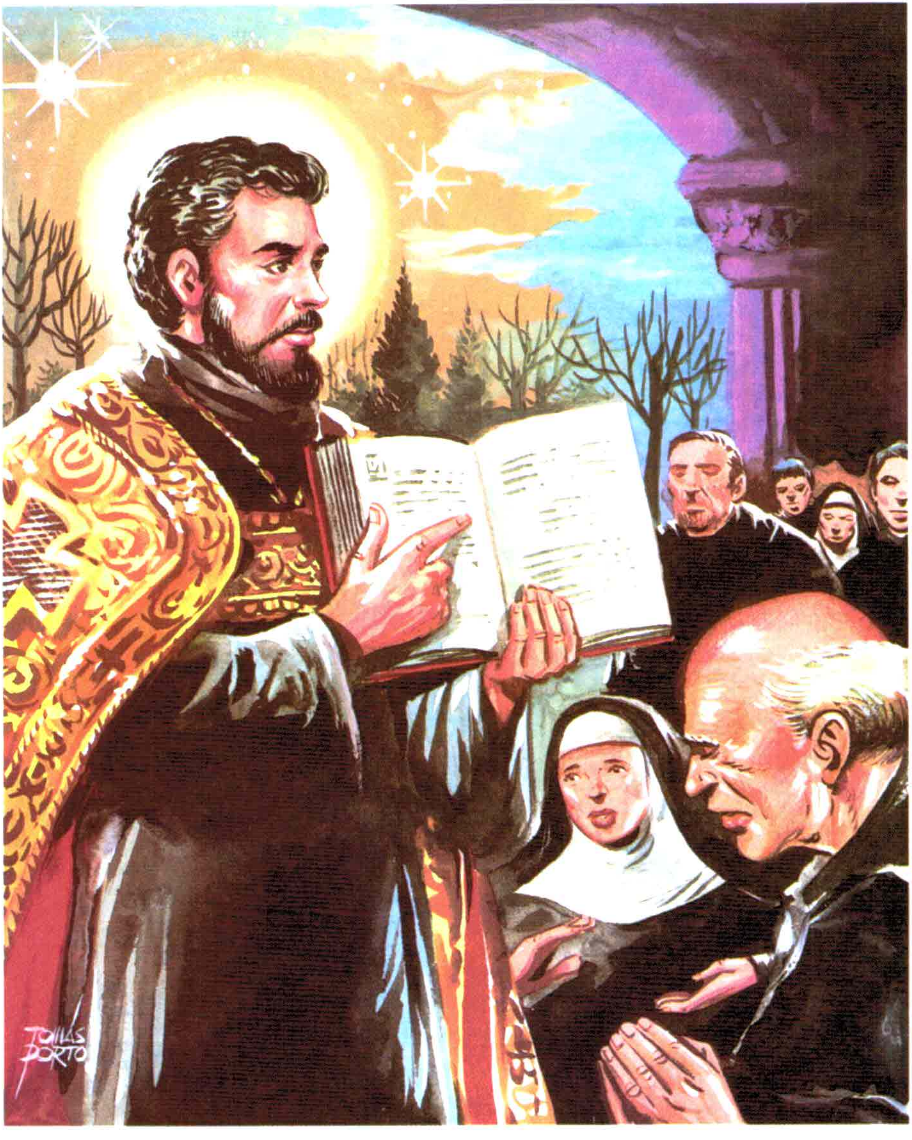
San Agustín

VIDA DE SAN AGUSTIN
Doctor de la iglesia

P. Miguel Angel Keller Agustino

EDITORIAL APOSTOLADO MARIANO
C/ RECAREDO, 14 - 41003 SEVILLA
Tel.: 954 41 68 09 - Fax: 954 54 07 78
www.apostoladomariano.com

Con licencia eclesiástica. ISBN: 978-84-7770-315-0. Depósito legal: SE 3.590-2012.


TOMAS PORTO

Tu amigo Agustín

Sí, yo soy Agustín de Hipona. Me llaman así porque fui obispo de la ciudad de Hipona, al norte de Africa, que formaba entonces parte del gran imperio romano.

Me representan en las imágenes, cuadros y estampas, con un libro o un corazón en la mano, porque las dos grandes ilusiones de mi vida fueron encontrar la verdad y el amor. Como amigo tuyo, quiero contarte ahora mi vida. Lee con atención.

Nací en el Africa romana, en una pequeña ciudad que entonces se llamaba TAGASTE y hoy se llama Souk-Ahras (Argelia). Mi nacimiento fue el día 13 de noviembre del año 354, hace ya mucho tiempo ¿verdad?

Mi familia no era rica, aunque tenía una casa, algunas pequeñas tierras y una viña. Mi padre se llamaba Patricio y trabajaba en el ayuntamiento de mi pueblo. No era cristiano, pero fue siempre bueno y cariñoso conmigo, preocupándose mucho de que no me faltara nada y de que pudiese estudiar.

Mi madre, en cambio, era una buena cristiana. Tanto que la Iglesia la ha reconocido como santa: Santa Mónica. Desde niños sembró en mi corazón y en el de mis dos hermanos —que se llamaban Navigio y Perpetua— el nombre de Jesús. Nos quería mucho y nos enseñó a rezar. Yo también la quería mucho, aunque algunas veces no me porté bien con ella y le di algunos disgustos.

Pero todo eso te lo seguiré contando después.

Así fui de niño

De pequeño, yo fui como cualquier niño. Me gustaba jugar, pasarlo bien y tener muchos amigos. Me ponía triste cuando me castigaban o me regañaban, y también cuando estaba enfermo.

Llegó el tiempo de ir a la escuela de mi pueblo, Tagaste, para aprender a leer y escribir. La verdad es que me costaba trabajo estudiar, especialmente la lengua griega, que no me gustaba y me parecía muy difícil. Yo era inteligente, pero un poco vago, y mis maestros tuvieron a veces que enfadarse conmigo.

Con mis amigos me llevaba bien, aunque cuando jugábamos juntos yo quería ganar siempre, y por eso hacía trampas algunas veces. Nos divertíamos mucho, y pasábamos el tiempo entre juegos y travesuras.

Un día, le robamos unas peras a un vecino. Luego las tiramos, porque sólo queríamos pasar el rato y no las robamos para comerlas. En cambio, otras veces sí que me comía algunos dulces sin que lo supiera mi madre, o me los llevaba para compartirlos con mis amigos.

Pero eso eran sólo travesuras. Yo procuraba no portarme tan mal, y poco a poco fui creciendo y estudiando un poco más. También creía en Dios y rezaba, a pesar de que todavía no estaba bautizado. Cuando yo nací no era costumbre bautizar a los niños pequeños: rezábamos e íbamos a la catequesis, pero el bautismo no se recibía hasta que uno era mayor, como hoy se hace con la primera comunión o la confirmación.

Tomás
Porto

Mi juventud

Terminada la escuela en Tagaste, continué mis estudios en Madaura, una ciudad más grande que estaba cerca de mi pueblo.

Por entonces ya me gustaba estudiar más en serio: soñaba con llegar a ser un buen profesor, un buen abogado o un famoso orador, capaz de escribir bellos libros o de pronunciar hermosos discursos. Pero para eso necesitaba ir a Cartago, la capital y hacer allí estudios superiores. No pudo ser el momento, pues los gastos eran demasiados y mis padres no tenían mucho dinero. Así que tuve que regresar a mi pueblo, Tagaste.

Tenía yo dieciséis años, y de nuevo me encontraba en Tagaste, sin nada que hacer y sin poder estudiar. Quizás por eso, cada día me portaba peor: hacía muchas trastadas con mis amigos y —como ya no podía presumir delante de ellos por mis buenas notas—, me inventaba cosas malas que no había hecho para contárselas y dejarles con la boca abierta.

Por fin, un amigo de mis padres les prestó dinero para que yo pudiera ir a estudiar a Cartago. Lejos de mi casa y de mi familia, empecé a ir por mal camino. Tenía la cabeza llena de muchas ideas equivocadas, no quería ya saber nada de la Iglesia, y era tan egoísta que pensaba que podía hacer todo lo que me diera la gana.

Me enamoré de una joven y tuve un hijo con ella: los quería mucho, y a mi hijo le llamé Adeodato, que quiere decir "Dado por Dios".

Mi madre sufría y lloraba, viendo mi mala vida. Un día, un obispo la consoló diciéndola: "No se perderá del todo un hijo por el que tú lloras y rezas tanto".

Siempre busqué la verdad

Tenía ya diecinueve años cuando leí un libro del famoso escritor Cicerón. Se llamaba "El Hortensio" y me hizo comprender que hay cosas más importantes que pasarlo bien, y que tenemos que aprovechar la vida para buscar la verdad.

Eso quería hacer yo, pero no sabía cómo. Había dejado de leer la Biblia, porque no la entendía bien y me aburría. Entonces caí en manos de unos charlatanes, que hablaban mucho de la verdad pero no decían más que mentiras: los "maniqueos". En esa secta o religión estuve engañado casi diez años, los mejores de mi juventud.

A fuerza de pensar, estudiar y charlar con mis amigos, me di cuenta de que la religión de los maniqueos no era la verdadera y decidí separarme de ellos. Estaba confundido y desanimado y pensaba que nunca podría yo encontrar la verdad.

Pero seguía buscando. Sin decirle nada a mi madre, subí a un barco y me marché a Roma, la capital del Imperio. Allí trabajé como profesor, y luego en otra ciudad italiana: Milán. Hasta Italia tuvo que ir a buscarme mi pobre madre...

En Milán me iban mejor las cosas. Al menos, era ya un poco famoso y tenía más dinero. Pero seguía preocupado y triste: ¡todavía no había encontrado la verdad! Además, tuve que separarme de mi mujer, que volvió a Africa. Una vez vi un borracho por la calle, y casi me dio envidia: pensé que, en el fondo, él era más feliz que yo.

Tenía tantos problemas y sufrimientos... ¿Dónde estaba la verdad? ¿Por qué si Dios es bueno hay tanto dolor en el mundo?

Cómo me acerqué a Jesucristo y a la Iglesia

Sin saberlo todavía, yo estaba en las manos de Dios: El me comprendía y me iba llamando poco a poco. Volví a leer la Biblia, y esta vez me gustó más. Hasta me acostumbré a ir a la Iglesia para oir los sermones del obispo de Milán, San Ambrosio, dándome cuenta de que podía ayudarme a resolver mis problemas.

Me hice amigo de un sacerdote que se llamaba Simpliciano. Hablábamos mucho, y me orientaba con cariño. Yo le contaba mis dudas y él me animaba a seguir a Jesucristo por el buen camino.

Así empecé a acercarme otra vez a Jesucristo y a la Iglesia, con gran alegría de mi madre, que seguía rezando por mí. La verdad es que yo quería ser un buen cristiano, pero me costaba mucho trabajo. Sentía como una lucha dentro de mi corazón y no acababa de decidirme. Estaba convencido de que podía ya encontrar la verdad que tanto había buscado: estaba en Jesucristo. Pero, ¿podría yo ser un buen cristiano?

En medio de estas dudas mías, vino a verme un amigo, Ponticiano, me contó como en Egipto un hombre llamado Antonio había renunciado a todo —familia, dinero y honores— para irse al desierto y allí dedicarse a la oración y al servicio del Señor.

¿Y yo? ¿Qué sería de mí? ¿Tendría fuerzas para hacer lo mismo? Jesucristo me decía: ''Yo soy el camino, la vedad y la vida'' (Jn 14,6). ¿Qué respondería yo? Me avergonzaba de no ser tan valiente como Antonio, o como muchos otros hombres y mujeres que se habían decidido a ser cristianos y seguir a Jesús.

Mi conversión y Bautismo

Yo estaba muy emocionado, después de escuchar a Ponticiano. Tanto que quise quedarme solo, irme al pequeño huerto de mi casa para leer la Biblia y pensar. Me eché a llorar, y seguía preguntándome: ¿por qué no seré yo también capaz de entregar del todo mi vida y mi corazón a Dios...?

De pronto, oí la voz de un niño, como si estuviera cantando en la casa de los vecinos. Decía: TOMA Y LEE, TOMA Y LEE... Abrí la Biblia y leí un consejo de San Pablo a los cristianos: "Os invito a portaros bien. Nada de comilonas ni borracheras. Nada de riñas ni de envidias. En vez de esto, vivid como Jesús os enseñó y que no os arrastre vuestro egoísmo a hacer el mal" (Rom 13, 13-14). Estaba seguro, ahora lo veía claro: eso era lo que Dios me pedía.

Me sentí convertido, cambiado. Ya sólo quería ser un buen cristiano, no me importaba lo que antes había deseado tanto: el dinero, el éxito, casarme. Mi decisión era firme: toda mi vida sería para Dios.

Me retiré con mis amigos a una finca, Casiciaco, y me dediqué a prepararme bien —leyendo, rezando, asistiendo a la catequesis— para recibir el bautismo. Ese día, el más feliz de mi vida, fue el 25 de abril del año 387, la noche de Pascua de Resurrección. Tenía yo 32 años, y conmigo se bautizaron Adeodato, mi hijo, y Alipio, mi mejor amigo.

Ya estaba bautizado, ya era cristiano para siempre, después de tanto tiempo de luchar y buscar la verdad. ¿Puedes imaginarte mi felicidad y la de mi madre, Santa Mónica?

Al servicio de Dios

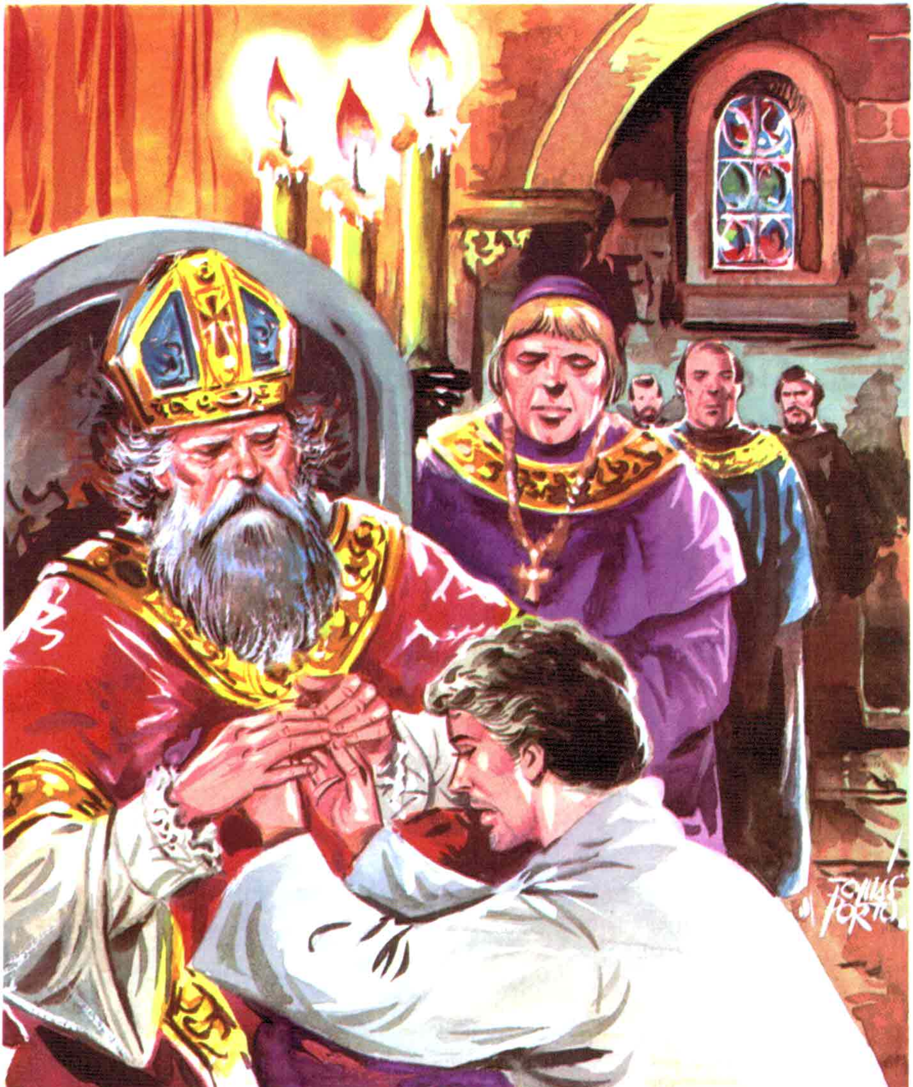
Ya no me interesaba más ser profesor, "vendedor de palabras". Decidí con mis amigos volver a Africa y decicarme al servicio de Dios, consagrarme a El. Quería vivir el cristianismo con toda mi alma, ser —como se dice hoy— ***monje*** o ***religioso.***

De paso por Ostia Tiberia (el puerto de Roma), cierto día mi madre y yo —hablando y rezando juntos— nos sentimos muy cerca de Dios, nos quedamos como extasiados. A los pocos días, ella murió. Tenía 56 años y moría —así me lo dijo— feliz de verme convertido en un buen cristiano. Lloré mucho, recordando lo buena que siempre fue conmigo y cuánto la hice sufrir. Su cuerpo quedó enterrado allí mismo, pero su recuerdo y su cariño me acompañaron durante toda mi vida.

En cuanto llegué a mi pueblo, Tagaste, vendí todo lo que tenía y lo repartí entre los pobres. Sólo me quedé con una casa para vivir en ella con Alipio, Adeodato y otros amigos que se fueron reuniendo conmigo: Evodio, Nebridio, mi hermano Navigio... Esta fue, en realidad, la primera comunidad de "*Agustinos*" todo era de todos, juntos leíamos, rezábamos y comentábamos la Biblia.

Queríamos vivir como aquellos primeros cristianos de los que hablan los Hechos de los Apóstoles: tenían una sola alma y un sólo corazón, compartían todos sus bienes, se reunían para la catequesis, la oración y la Eucaristía (Hch 2,42-47: 4,32-35).

¡Qué felicidad poder vivir así por fin, tan cerca de Dios y de mis amigos, sin ninguna otra preocupación! Yo creo que ésta es la mejor manera de ser cristiano y construir la Iglesia.



Sacerdote y Obispo

Una felicidad tan grande me parecía mentira... y, efectivamente, me duró poco. El Obispo y los cristianos de Hipona me pidieron que fuese sacerdote: yo no quería, porque me daba miedo tanta responsabilidad, pero tuve que aceptar casi a la fuerza.

Nunca se me olvidará aquel día del año 391 (tenía yo 37 años): Había ido a Hipona para invitar a un amigo a que se viniera conmigo al monasterio de Tagaste. Entré en la catedral, y aquel día el Obispo Valerio —muy anciano ya— habló de la necesidad que sentía de tener un sacerdote que le ayudara, sobre todo para predicar. Toda la gente empezó a mirarme, y pronto coreaban mi nombre: "¡Agustín sacerdote, Agustín sacerdote!". Yo decía que no, y lloraba, pero... Así se elegían los sacerdotes en mi tiempo, y así tuve yo que reconocer la voz del Señor que me llamaba para ser sacerdote en su Iglesia.

Yo no podía decir que no al Señor: acepté, y fui ordenado sacerdote poco después. Desde entonces, dedicaba mucho tiempo a rezar y leer la Palabra de Dios, para poder luego predicar. Cuatro años más tarde, moría el anciano Obispo Valerio y yo era elegido para sucederle. Fui Obispo de Hipona nada menos que durante 35 largos años de trabajo y servicio.

También Alipio y otros muchos de mis amigos salieron de Tagaste y llegaron a ser obispos o sacerdotes. Pero siempre intentábamos no vivir solos y seguir compartiendo lo nuestro con un grupo de amigos y sacerdotes. Así fueron naciendo en otros sitios más casas de "agustinos".

El fin de mi vida terrena

Ser obispo no era para mí un honor, sino una pesada carga. Siempre intenté vivir con sencillez y sin lujos: en la casa, en la ropa, en mis cosas personales... No gastaba mucho para así poder ayudar a los más pobres con mis limosnas.

Vivía muy ocupado. Tenía que hablar con la gente, ayudar y aconsejar a los que tenían problemas, escribir cartas y libros, predicar y dar charlas... Además, la Iglesia y la sociedad de aquel tiempo estaban pasando por muchas dificultades: había herejes que atacaban a la Iglesia (mis antiguos amigos los maniqueos, y otros como los donatistas y pelagianos) y los pueblos bárbaros invadían el Imperio romano. Todo eso me ocasionó también a mí muchos problemas, trabajos y viajes.

Mi vida era como una vela encendida que se gastaba para dar luz a los cristianos. Mis fuerzas se iban debilitando. A los 75 años —y mientras los bárbaros sitiaban la ciudad de Hipona—, me puse gravemente enfermo. En la cama, leía y rezaba los salmos: las oraciones de la Biblia, que yo había mandado escribir en las paredes de mi habitación para tenerlas siempre ante los ojos.

El 28 de agosto —el día que ahora se celebra mi fiesta en la Iglesia: San Agustín—, el Señor me llevó a su lado. Al morir, mi vida, mis escritos y mis monasterios de agustinos y agustinas, se fueron extendiendo por muchos países, como un perfume penetrante. Porque también —no te lo había dicho tadavía— hubo mujeres, entre ellas mi hermana Perpetua, que quisieron vivir en monasterios como yo había enseñado.

Mis obras

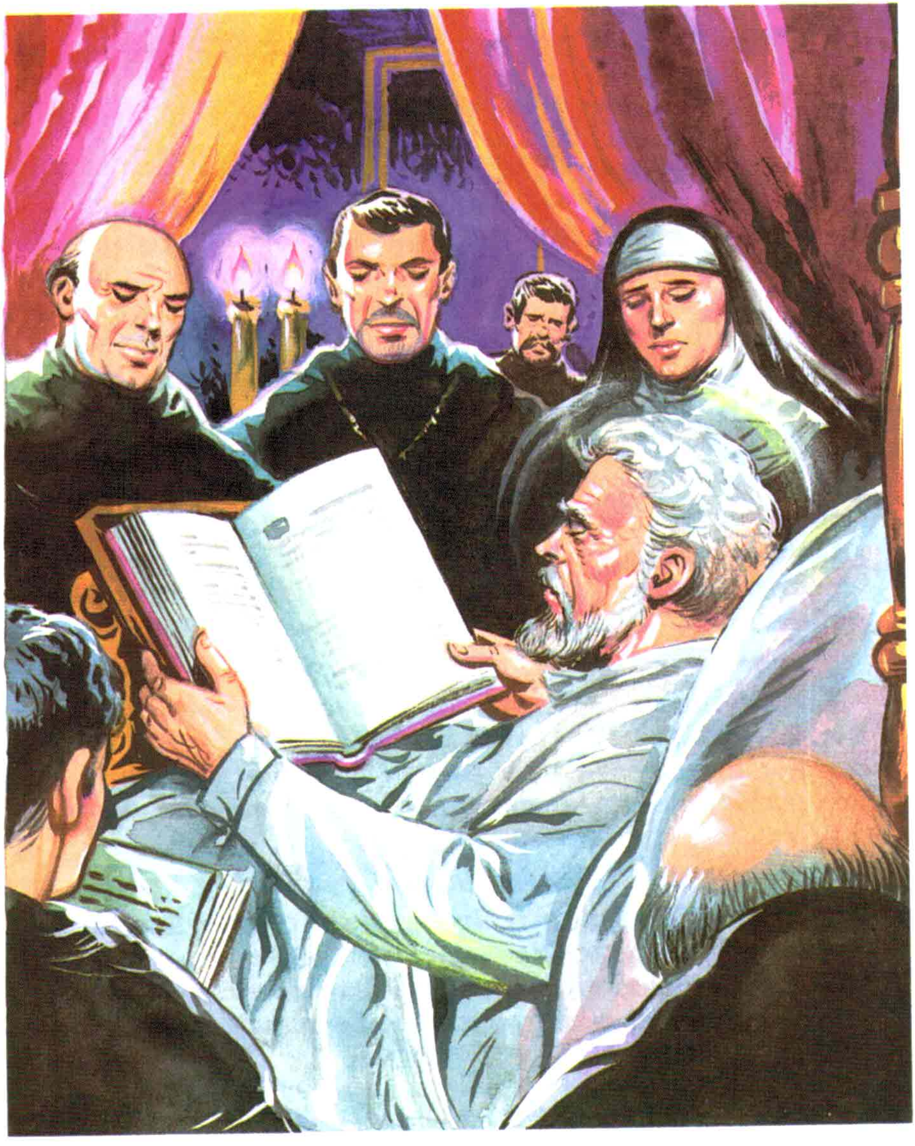
He querido contarte la historia de mi vida para que puedas conocerme y ser mi amigo. Dios quiera que así te ayude para que tú también vivas con sinceridad, buscando siempre a Dios, amando a Jesucristo y a la Iglesia, ayudando a los demás con generosidad.

Para eso, cuando seas un poco más mayor, puedes leer mis obras. Porque ya te he contado que escribí mucho: libros, cartas, sermones... Miles de escritos, casi he perdido la cuenta. Hay tres libros a los que yo tengo especial cariño y que considero los más importantes:

La Regla: Es un libro pequeño, en el que digo cómo vivía yo con mis amigos, para que sirva de modelo —como un espejo— a todos los que quieran ser agustinos y agustinas. Hablo por eso de tener una sola alma y un solo corazón, de compartir los bienes, de la oración, del ayuno, de la vida común en el monasterio.

Las Confesiones: En este libro cuento toda mi vida, desde niño hasta ser ya obispo, con muchos detalles. Es mi historia —esta que te he contado—, y al mismo tiempo una oración de alabanza a Dios, que fue tan bueno conmigo y me ayudó a conocerle y amarle a pesar de mis pecados.

La Ciudad de Dios: Un libro grande, que me llevó mucho trabajo. Lo escribí para defender a los cristianos frente a aquellos que les creían culpables de la decadencia y el fin del Imperio romano. Dios está presente en la historia, y los cristianos caminamos con los demás hombres para construir la civilización del amor, no somos culpables de los males del mundo, les decía.



Mi mensaje

En mis libros y escritos digo muchísimas cosas, claro. Pero hay algunas frases que quiero que leas, para que entiendas mejor cuál es mi pensamiento y mi mensaje:

* "Nos has hecho, Señor, para tí, y nuestro corazón está siempre inquieto hasta que no descanse en tí" (***Confesiones,*** 1,1): Dios es lo más importante; en El está la verdad.
* Buscar en Dios la verdad es la mejor manera de encontrarla.
* "Ama, y haz lo que quieras" (***Comentario a las Epístolas de S. Juan,*** 7,8): El que ama de verdad sólo desea hacer el bien, no querrá hacer daño a nadie.
* "Mi amor es mi peso. Por él soy llevado a donde quiera que voy" (***Confesiones,*** 13,9): El amor es la mayor fuerza en la vida del hombre.
* "Todo está vacío para el hombre cuando no tiene amigos" (***Carta*** 130,2,4): No se puede ser feliz sin amigos.
* "Dos amores hicieron dos ciudades: el amor propio hasta el desprecio de Dios, la ciudad terrena; el amor de Dios hasta el desprecio y la entrega de sí mismo, la ciudad de Dios" (***La Ciudad de Dios*** 14,28): No se puede ser cristiano y egoísta, sin servir a Dios y a los demás.
* "Los judíos se acercaron a Cristo, pero para crucificarlo; acerquémonos nosotros a El, pero para recibir su Cuerpo y su Sangre" (***Comentario al salmo*** 33,2,10): ser cristiano es vivir unido al Señor y a los hombres en la Eucaristía y en la Iglesia.
* "Es una especie de robo no dar al necesitado lo que sobra" (***Sermón*** 206,2): Hay que ayudar a los más pobres.
* "Si quieres vivir bien con facilidad, haz mucha oración y lo conseguirás. Vive bien quien ora bien" ***(Cm. Sal. 85,7).***

Mis hijos, los Agustinos

Voy a terminar. Ya te he dicho que muchos hombres y mujeres quisieron ser agustinos, seguir a Jesús y servir a la Iglesia como yo lo había hecho. Aquel pequeño grupo de amigos de Tagaste creció y se extendió. Primero por el Norte de Africa, luego por España e Italia, después por otros muchos países.

Son mis hijos, mi familia, algo así como un gran árbol en el que —a través de los siglos— han crecido muchas ramas: Agustinos, Agustinas, Agustinos Recoletos, Agustinos Asuncionistas, Agustinos Descalzos, Agustinas Misioneras, Agustinas del Amparo... Muchas Ordenes y Congregaciones de hombres y mujeres se guían por la Regla que yo escribí.

Hoy los agustinos están presentes en las cinco partes del mundo y realizan los más diversos servicios: oración y contemplación, parroquias y misiones, estudios y enseñanza, hospitales y promoción humana. Intentando siempre —eso es lo importante— vivir unidos y servir a la Iglesia.

Porque esta fue, en pocas palabras, la herencia que yo dejé a mi amada madre la Iglesia: el ejemplo de mi vida, la sabiduría de mis escritos, la gran familia de mis hijas e hijos.

¡Gracias sean dadas a Dios, que convirtió mi corazón y me enseñó a amarle y a servirle así !Te invito a vivir como un buen cristiano, para que también tú encuentres la verdad y hagas el bien.

Tu amigo, Agustín de Hipona.

9 788477 703150